

### Texto 1

Por fin estaba de regreso, después de dos semanas de ausencia.

Los nuestros llevaban ya tres días en Ruletenburg. Yo creía que me estarían aguardando como al Mesías; pero me equivocaba. El general, que me recibió indiferente, me habló con altanería y me envió a su hermana. Era evidente que, fuese como fuese, habían conseguido algún préstamo. Hasta me pareció que el general rehuía mis miradas. María Philippovna, muy atareada, apenas si dijo unas palabras. Sin embargo, aceptó el dinero que le traía, lo contó y escuchó mi relato hasta el fin. Estaban invitados a comer Mezontsov, un francés y también un inglés. Desde luego, aquí, cuando se tiene dinero, se ofrece un gran banquete a los amigos. Costumbre moscovita.

Paulina Alexandrovna, al verme, me preguntó en seguida porqué había tardado tanto en volver, y sin esperar mi respuesta se retiró inmediatamente. Naturalmente que aquello lo hizo adrede. Pero era indispensable, sin embargo, tener una explicación. Tengo el corazón oprimido.

Me habían destinado una pequeña habitación en el quinto piso del hotel. Aquí todo el mundo sabe que pertenezco al séquito del general. Todos se dan aires de importancia, y al general se le considera como a un aristócrata ruso, muy rico. Antes de la comida, el general tuvo tiempo de hacerme algunos encargos, entre ellos el de cambiar varios billetes de mil francos. Los cambié en el mostrador del hotel. Ahora, durante ocho días por lo menos, van a creernos millonarios.

Quería acompañar a Miguel y a Nadina de paseo; pero cuando estábamos ya en la escalera, el general me mandó llamar. Le parecía conveniente enterarse de a dónde llevaba yo a los niños. Es evidente que este hombre no puede mirarme con franqueza, cara a cara. El de buena gana lo querría, pero a cada tentativa suya le lanzó una mirada tan fija, es decir, tan poco respetuosa, que se desconcierta. Con frases grandilocuentes, retorcidas, de las que perdía el hilo, dióme a entender que nuestro paseo debía tener lugar en el parque, lo más lejos posible del casino. Por último se enfadó, y bruscamente dijo: - ¿Es que va usted a llevar a los niños a la ruleta? Perdóneme -añadió inmediatamente-; tengo entendido que usted es débil y capaz de dejarse arrastrar por el juego.

### Texto 2

Se detuvo, sofocada por la cólera. Palabra, ignoro si es bonita, pero me gusta contemplarla cuando se detiene así ante mí, y por eso deseo muchas veces verla enfadada. Posiblemente ella lo había notado y se encolerizaba adrede. Así se lo dije. - ¡Puah, qué ignominia! -exclamó con repugnancia.

-Poco me importa -continuó-. Sepa, además, que es peligroso que paseemos juntos. He experimentado muchas veces deseos de pegarla, de desfigurarla, de estrangularla. ¿Cree usted que no me atrevería? Me hace usted perder la razón. ¿Imagina que temo el escándalo? ¿El enojo de usted? ¡Qué me importan a mí el escándalo y su enojo! La amo sin esperanza y sé que luego la amaría mucho más. Si la mato, tendré que matarme yo también. Pues bien, me mataré lo más tarde posible, a fin de sentir lejos de usted ese dolor intolerable. ¿Quiere saber una cosa increíble? La amo cada día más, lo que es casi imposible. ¿Y después de esto quiere que no sea fatalista? Recuerde lo que le dije anteayer, en Schlangenberg, cuando me retó: "Diga una sola palabra y me arrojé al abismo." Si hubiese dicho esa palabra, me hubiera precipitado en él. ¿Puede usted dudar de ello?

- ¡Qué estúpida charla! -exclamó.

- Estúpida o no, nada me importa. En su presencia tengo necesidad de hablar, de hablar sin tregua... y hablé. En su presencia pierdo todo amor propio y me da todo igual.

- ¿Por qué iba yo a obligarle a precipitarse de lo alto del Schlangenberg? -interrumpió ella en tono singularmente hiriente-. ¿Qué utilidad sacaría yo con eso?

### Texto 3

Des Grieux era, como todos los franceses, jovial y amable por interés y por necesidad e insoportablemente fastidioso cuando la necesidad de aparecer jovial había dejado de existir. Raramente amable por naturaleza, el francés lo es siempre por encargo o por cálculo. Si, por ejemplo, ve la necesidad de mostrarse fantástico, original, sus fantasías más absurdas y más barrocas revisten formas convencidas de antemano y desde hace mucho tiempo intrascendentes. La naturaleza del francés es producto del "positivismo" más burgués, más meticuloso, más rutinario... En una palabra, son las criaturas más aburridas que puede imaginarse. Según mi opinión, los franceses no pueden interesar más que a las jovencitas y sobre todo a las muchachas rusas que se desviven por ellos. Cualquier persona de mediano juicio descubre inmediatamente esa frívola mezcla de amabilidad de salón, de desenvoltura y jovialidad.

#### Texto 4

-Hola, amigo Alexei Ivanovitch -dijo, saludándome con gravedad-. Excúsame por haberte molestado una vez más, perdona a una anciana. Lo he perdido todo allá abajo, cerca de cien mil rublos. Tenías mucha razón al no querer acompañarme ayer. Me encuentro ahora aquí sin recursos. No quiero perder un solo minuto y me voy a las nueve y media. He mandado a buscar a ese inglés amigo tuyo, Mr. Astley, para pedirle prestados tres mil francos por ocho días. Tranquilízale en caso de que tenga dudas. Tengo todavía algo, amigo mío. Poseo tres fincas y dos casas. Me queda dinero líquido, pues no lo traje todo conmigo. Digo esto para que no tenga recelos... ¡Ya está aquí! Bien se ve que es una buena persona.

Mr. Astley había acudido a la primera llamada de la abuela. Sin dudar ni hablar mucho le contó inmediatamente tres mil francos a cambio de un recibo que la abuela firmó. Después de lo cual saludó y se retiró inmediatamente.

-Y ahora vete tú también, Alexei Ivanovitch. Me queda un poco más de una hora. Quiero acostarme, pues los huesos me duelen. Ahora ya no acusaré más a los jóvenes de ligereza. Hasta me causa escrúpulos acusar a ese desgraciado general. Sin embargo no le daré dinero, tanto si quiere como si no quiere, porque según mi opinión es un solemne estúpido. Pero yo, vieja y tonta, no estoy tampoco razonable. Bien es verdad que, aunque tarde, Dios castiga la presunción.

#### Texto 5

En efecto, hubiérase dicho que el destino me empujaba. Esta vez, como adrede, ocurrió una circunstancia que se repite, por otra parte, bastante frecuentemente en el juego. El juego se da, por ejemplo, rojo, y sale diez, quince veces seguidas. Anteayer mismo oí decir que durante la semana pasada el rojo se dio veintidós veces consecutivas. Era un hecho sin precedentes en la ruleta y causó gran sorpresa. Un jugador experto sabe lo que significa ese capricho del azar. Cualquiera diría, por ejemplo, que habiendo salido el rojo dieciséis veces, a la jugada diecisiete saldrá negro. Los novatos muerden en masa en este cebo, doblan y triplican sus posturas y pierden de un modo feroz.

En cuanto a mí, por un capricho extraño, habiendo notado que el rojo había salido siete veces seguidas, jugué a él expresamente. Estoy persuadido de que el amor propio, en gran parte, entraba en esta decisión.

Quería impresionar a la galería con mi loca temeridad. Sin embargo -lo recuerdo muy bien-, una sed ardiente del riesgo me invadió de pronto, sin que el amor propio mediase en ello. Quizás estas sensaciones múltiples, lejos de saciar el alma, no hacen más que irritarla y hacer que exija sensaciones nuevas, cada vez más intensas hasta el agotamiento total. Y en verdad que no miento al decir que, si el reglamento hubiera permitido poner cincuenta mil florines en una sola jugada, los habría arriesgado.

En torno mío decían todos que era una locura, que el rojo se había dado ya catorce veces.

-Monsieur a déja gagné cent mille florins -sonó una voz a mi lado.

Me volví de pronto. ¿Cómo? ¿Había ganado cien mil florines en aquella velada? ¿Qué más quería? Me lancé sobre los billetes, los metí en mis bolsillos, sin contar; recogí todo el oro, todos los cartuchos, y salí rápidamente del casino.

#### Texto 6

Me dirigía a toda prisa a las habitaciones del general. Al hallarme cerca de ellas se abrió una puerta y alguien me llamó. Era la señora viuda de Cominges, la cual me llamaba por encargo de la señorita Blanche. Entré en la habitación de esta última. Se estaba levantando de la cama.

-Ah, c'est lui! viens donc, bête! ¿Es verdad que has ganado una montaña de oro y de plata? Preferiría más el oro. ¿Cuánto?

-Cien mil florines.

-Bibi, comme tu es bête! Ven aquí. Nous ferons bombance, n'est-ce pas?

Me acerqué. Se hallaba tendida bajo una colcha de seda rosa, de donde salían unos hombros morenos, robustos, maravillosos -unos hombros como no he visto más que en sueños-, medio velados por una camisa de batista, adornada con puntillas de una blancura esplendorosa, lo que realzaba admirablemente su bronceada piel.

-Mon flis, as-tu du coeur? -gritó al verme, y se echó a reír. Era una risa llena de alegría y, en algunos momentos, sincera-. Mira -saltó ella de pronto-, ante todo busca mis medias, ayúdame a ponérmelas. Luego, si tu n'es trop bête, je te prends à Paris. Me marchó ahora mismo.

En efecto, todo estaba empaquetado. Las maletas, dispuestas. El café estaba servido desde hacía tiempo.

-Eh, bien, si quieres, tu vendrás París, Dis- moi, qu'est ce que c'est qu'un ouchitel? Tu etais bien bête, quand tu étais ouchitel. ¿Dónde están mis medias? ¡Pónmelas, vamos!

Y sacó, efectivamente, un piecico encantador, bronceado, pequeño, no deformado como todos esos piecicos que parecen tan pequeños dentro de un zapato. Me puse a reír y a estirar sobre su pierna la media de seda. La señorita Blanche, sentada en la cama, charlaba.

-Eh bien, que feras- tu, si je te prends avec? Ante todo je veux cinquante mille francs. Me los darás en Francfort. Nous allons a París. Viviremos juntos et je te ferai voir des étoiles en plein jour. Verás mujeres como no has visto nunca. Escucha...

-Si te doy cincuenta mil francos, ¿qué me quedará?

-Et cent cinquante mille francs, que olvidabas. Además, consiento en vivir en tu habitación un mes o dos, que sais- je? Nosotros, seguramente, gastaremos en dos meses esos ciento cincuenta mil francos.

- ¿Cómo, todo en dos meses?

- ¡Claro! ¿Eso te asusta? Ah, vil esclavo. No sabes que un solo mes de tu vida vale más que la existencia entera. Un mes y a près ledéluge! Mais tu ne peux comprendre, va! ¡Vete, no mereces eso! Aïe! que fais- tu?

En aquel momento tenía el otro pie en mi mano y, no pudiendo resistir la tentación lo besé. Lo retiró vivamente y me dio algunos golpecitos en la cara. Finalmente, me despidió.

### Texto 7

-Usted se ha embrutecido -observó-. No sólo ha renunciado usted a la vida, a los intereses personales y sociales, a los deberes de hombre y de ciudadano, a sus amigos... -pues usted tenía amigos-; ha renunciado también a sus recuerdos, todo a causa del juego. Conocí a usted en un momento apasionado y decisivo en su existencia, y estoy seguro de que ha olvidado sus mejores impresiones de aquel tiempo.

Sus sueños, los deseos que le obsesionan actualmente no van más allá del pair et impair, rouge, noir, la columna del centro, etc. ¡No me cabe duda!

-Basta, Mr. Astley, por favor, no evoque el pasado - exclamé, casi con cólera-. Sepa que no he olvidado nada, pero que temporalmente lo he desterrado todo de mi cabeza, incluso los recuerdos, hasta que rehaga mi situación... Entonces... entonces usted verá, volveré a la vida.

-Usted estará aquí todavía dentro de diez años -dijo-. Apostemos a que le recordaré esto, si para entonces vivo, aquí mismo, en este mismo banco...

### Texto 8

-Sí, desdichado; ahora que es usted un hombre perdido se lo puedo decir. Aún más, puedo asegurarle que le ama todavía, a pesar de que está usted aquí. ¡Está usted perdido! Antes no era malo, poseía aptitudes, hubiera podido ser útil a su patria, que tan necesitada está de hombres inteligentes. Pero usted no se moverá de aquí y arruina su vida. No le censuro. En mi opinión, todos los rusos están cortados por su mismo patrón. Cuando no es la ruleta, es otra cosa por el estilo. Las experiencias son muy raras. Usted no es el primero en desconocer la nobleza del trabajo -no hablo de vuestro pueblo-. La ruleta... es un juego esencialmente ruso. Hasta ahora ha sido usted honrado y ha preferido más ser criado que ladrón... Pero tiemblo al pensar lo que puede ocurrir el día de mañana. ¡Basta, adiós! ¿Necesita dinero? Tome diez luises. No le doy más, pues de todos modos los perderá. ¡Tómelos y digámonos adiós!

-No, Mr. Astley; después de todo lo que acabamos de hablar...

-¡Tómelos! -gritó-. Todavía creo que es usted bueno y se lo doy como se lo daría a un verdadero amigo. Si tuviera la certeza de que usted dejaba ahora mismo el juego y Homburg para volver a su patria, estaría dispuesto a darle inmediatamente mil libras para que comenzara una nueva vida, para que se regenerara. Pero si en lugar de mil libras le doy diez luises, es porque no veo en usted propósito de enmienda. ¡Perdería lo uno y lo otro! Tómelo y adiós. [...]

Tengo una corazonada. ¡Me quedan quince luises y en cierta ocasión empecé con quince florines! Si al principio se juega con prudencia... ¿Seré un chiquillo? ¿Es posible? Pero... ¿quién me impide que rehaga mi vida? Con un poco de energía puedo en una hora cambiar mi suerte.